

sobre la impiedad de su secta y de su crueldad, fué condenado á muerte por ellos, yendo á recibir su recompensa en el reino de los cielos.

En Portugal, santa Wilgeforta, virgen y mártir, que, combatiendo por la fe de Jesucristo y su pureza, mereció alcanzar un glorioso triunfo en la cruz sobre que murió.

En país de Buloña en Francia, san Vilmer, abad, varon de admirable santidad.

En Tréveris, santa Severa, virgen.

En San Vandrillo en Normandía, san Amegiso, abad del mismo lugar.

En Melun, la muerte del venerable Roberto, rey de Francia, célebre por su piedad y buenas obras.

En Roma, los santos mártires Satur, Amarino y algunos otros de ambos sexos.

En Africa, san Aurelo, obispo de Cartago, sucesor de san Genetlo, contemporáneo de san Agustin.

En Val de Agord en el Belunero, san Lucano, venerado en Belluno donde está su cuerpo, como obispo de otra sede.

En Inglaterra, santa Etelevida, reina.

*La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.*

*Beatæ Liberatæ virginis et martyris tuæ, quæsumus, Domine, precibus et meritis adjuvemur; ut quæ pro tui nominis confessione, et pudicitia defensione in cruce pependit, ab inimicorum insidiis sua nos protectione defendat. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Rogámoste, Señor, que por tus méritos é intercesion de la bienaventurada virgen y mártir Librada, nos ayudes con tu gracia para que la que estuvo pendiente en una cruz por confesar tu nombre y defender su honestidad, nos defienda tambien con su proteccion de las asechanzas de nuestros enemigos. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 51 de la Sabiduria.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo : quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me, secundum multitudinem misericordiæ nominis tui, à rugientibus preparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum aestuata : de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta : laudabit que ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector. Glorificaré tu nombre, porque libraste mi cuerpo de la perdition, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes : mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

#### REFLEXIONES.

Quando se considera la conducta de Dios para con sus grandes siervos y la de estos para con Dios, no puede menos de hacerse no solamente un juicio muy ventajoso de la religion cristiana, sino tambien de

aquellos preceptos suyos que parecen mas repugnantes á la naturaleza. Dios favorece á sus elegidos, permitiendo que se vean en los mayores peligros, y que los hombres impíos ejecuten en ellos todas las sugerencias de su crueldad. Los santos por su parte le dan gracias, y se consideran sumamente favorecidos al tiempo que se verifican estas permisiones. Cuando tenian sus cuerpos desgarrados con peines de hierro, cuando los presentaban á las fieras para ser devorados, cuando pendientes en una cruz exhalaban su vida con un género de tormento semejante al que padeció su Redentor y Maestro, entonces era cuando con el mayor ímpetu de su corazón le tributaban gracias, persuadidos que habian recibido de su mano los dones mas apreciables y las honras mas excelsas. Los hombres mundanos, los que viven segun la corrupcion de sus pasiones, los que lisonjean los caprichos de sus sentidos, están muy lejos de seguir esta conducta, y así no pueden persuadirse que se deban dar gracias á Dios por aquello mismo que ellos reputan por la mayor calamidad é infortunio que pudieran padecer. Sus corazones se llenan de asombro y de terror cuando oyen clamar á los santos, como se dice en la epístola de este dia : Yo te doy gracias, Señor, Dios y Salvador mio, y te alabaré siempre, porque has librado mi cuerpo de la perdicion. Pero esto mismo es una consecuencia de la sublimidad de la religion cristiana, de lo eminente de sus preceptos, del vigor que infunde la caridad que es el alma de toda ella. Los santos mártires tenian impresas en su almas aquellas sentencias de Jesucristo : *El que pierde su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna ; el que se ama á sí mismo mas que á mí, no es digno de mí ;* y otras semejantes, en las cuales recomienda la caridad un santo desprecio de las cosas perecederas para lograr unos bienes interminables.

Estas sentencias representadas en su mente con toda la viveza de la fe, no solamente les daban una fortaleza capaz de despreciar los tormentos de los tiranos, sino que además les hacian considerarse entre ellos como en un florido lecho cercado de rosas y de delicias.

A la verdad, si se reflexiona que la inquietud del alma es lo que principalmente causa sus tormentos, y que nunca vive el hombre con mas terrible congoja que cuando le falta del corazón una firme esperanza, es preciso convenir que los entregados al mundo, los que viven entre desórdenes y delitos, no tienen motivo alguno para ser venturosos, así como por el contrario le tienen muy grande los siervos de Dios para gozarse y deleitarse entre las penas y tormentos. Porque, prescindiendo de las congojas, penas, males verdaderos y calamidades que experimentan los mundanos en el ejercicio y logro de lo que tienen por diversion, ¿qué angustia no será la suya, cuando en un momento de tranquilidad oyen los gritos de la recta razón, que los acusa desde lo íntimo de su alma ! Podrá suceder que un instante de delicia pasajera haga olvidar al voluptuoso las enfermedades, peligros y disipacion de las fuerzas naturales en que le constituye su vicio ; podrá el jugador templar por algun tiempo la amargura que le causa el ver disipados sus bienes, reparar con el ocio las noches pasadas en vela, y engañarse á sí mismo, disculpando con otros malos ejemplos los grandes daños de que no puede menos de hallarse sentido ; pero estos mismos cuando hagan uso de la recta razón : cuando oigan por casualidad aquellas verdades terribles de la religion, que les recuerdan que hay un castigo eterno ó una eterna recompensa destinada á sus obras, precisamente se han de estremecer y ha de atormentar sus almas una inquietud terrible, que es ya principio del castigo que

experimentan los infelices condenados. La esperanza, aquella dulcísima virtud, que hace tolerables las mayores amarguras, y que no desampara al hombre en las mayores calamidades, está en ellos muerta y sin fuerza alguna para mitigar sus tormentos. Su misma conciencia les asegura de que esta virtud se alimenta con las obras, y desfallece y se arruina á la vista de los delitos. Por el contrario, los mártires en medio de sus tormentos encuentran mil razones de consolacion, que los animan á abrigar en su seno una firme esperanza de ser eternamente felices, y la misma sangre que derraman es para ellos un precio con que compran su confianza y su alegría. Saben que hay un Juez supremo, que es infinitamente sabio, y al mismo tiempo omnipotente, el cual ve y conoce la malicia de los tiranos y lo injusto de las penas con que afligen sus cuerpos en esta vida, y que no habrá poder ni astucia para evadir la eterna venganza. Están seguros de la rectitud de su conciencia, saben que son infalibles las promesas de Dios, y así una dulcísima paz inunda sus corazones; desprecian los tormentos y á sus ministros; y llenos de un gozo santo, cantan himnos, celebrando su triunfo, y dan á Dios gracias, porque usa con ellos de la misericordia de dejarlos padecer por su santo nombre. Estos admirables efectos es capaz de producir una religion santa, sublime, espiritual, cuyas leyes son superiores á toda la naturaleza.

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XIX pág. 462.*

## MEDITACION.

## DEL AMOR DE DIOS.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que el amar á Dios es la causa porque sufrieron los mártires tan terribles tormentos hasta perder la vida; que es la cosa mas justa, mas razonable y arreglada que puede concebir el hombre; y que de consiguiente es necesario hacer traicion al propio entendimiento para rehusar al Ser supremo un obsequio por tantos títulos debido.

No has de juzgar que, porque se llama obsequio el acto de amar á Dios, se quiere decir con esto que sea una accion indiferente, y que puede el hombre hacerla ú omitirla sin contravenir á la justicia; ningun pensamiento pudiera venir á tu imaginacion mas desarreglado y absurdo. El amar á Dios es una obligacion de justicia, y se necesita haberse desentendido de todos los dictámenes de la razon para persuadirse de lo contrario. La razon dicta que el bien debe ser amado donde quiera que se encuentre, y con mucha mas razon cuando se hallen en él multiplicadas cualidades de bondad que exijan por su naturaleza este afecto del alma. Dios es un cúmulo de perfecciones infinitas. En él se halla todo lo amable, todo lo deleitable, todo lo hermoso y perfecto que puede imaginarse el entendimiento mas comprensivo. Cuantos motivos se encuentran en las cosas criadas, que deban llamar la atencion de una alma buena, todos ellos se encuentran en Dios con una perfeccion infinita. Si la hermosura excita á tu amor, Dios es hermosura infinita, es el candor de la luz eterna, es infinitamente mas hermoso que todos los hijos de los hombres; con la difinencia de que sus bellezas no están sujetas á la mutacion del tiempo ni á los rigores de las enfermedades

Si las riquezas llevan la atención de tu alma, y la inclinan á mirarlas con estimación, en Dios se encuentran unos tesoros inagotables de riquezas infinitas, cuya posesión no turba ni inquieta, sino que hace perfectamente felices. En una palabra, Dios es hermosísimo, es riquísimo, sapientísimo, prudentísimo, amabilísimo infinitamente, porque en él se hallan con infinita perfección todos los bienes y virtudes. Es constante que el corazón del hombre no se inclina, ni aun al mal, sin que primero encuentre en él alguna especie ó apariencia de bien. Nada es capaz de excitar al amor sino un bien cierto ó imaginado. Persuadido el hombre del bien, no puede menos de amarle, y la voluntad se halla como obligada siempre que el entendimiento le propone un bien, en cuyo amor debe emplearse. Siendo esto cierto, como lo es, debes convenir en que el amor á Dios es un acto de justicia, cuya transgresión es el delito más horrendo y execrable. A esto se añade que este mismo Dios ha derramado tan copiosamente sobre tí sus beneficios, que debes amarle, aun cuando no sea más que por hombría de bien y por la ley del agradecimiento. El te ha criado, él te conserva, él te ha abastecido de bienes de fortuna, y á su benéfica mano debes tu vida, tus movimientos y subsistencia. No contento con estos grandes beneficios, te hizo otros de superior clase y gerarquía, cuales son los bienes espirituales, la gracia de la redención, el haberte llamado al conocimiento de su ley y profesión del Evangelio, el haberte abastecido de las imponderables gracias que se contienen en los sacramentos, y últimamente, el ofrecerte con tanta generosidad las recompensas eternas. Son estos unos dones, unos favores, unos beneficios que exceden toda ponderación, y que no basta ninguna humana inteligencia para estimarlos dignamente. Todos ellos están pidiendo

de parte tuya correspondencia, estimación, agradecimiento: en una palabra, están pidiendo amor; que es lo único que exige de tí tu amabilísimo Dios.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque en el amor de Dios no se deba atender á la utilidad que resulta, pues debemos amar á Dios por sí mismo, y no por nuestro interés privado; con todo eso, son tantos y tales los frutos que nos provienen de este amor, que ellos son un nuevo excitativo para emplearnos en él.

Porque, ¿qué somos los hombres delante de Dios? ¿qué es nuestra alma si le falta la caridad? ¿qué precio, qué estimación merece sin esta grande virtud? Todo nuestro mérito, todo cuanto puede hacer apreciable al hombre en la divina presencia lo constituye el amor. Él es el que da al alma grandeza, el que la constituye digna, y el que forma el grado de su mérito. Todos los dones, todas las gracias nada aprovechan sin la caridad, dice san Agustín (1): añádeles caridad, y todos son útiles: quita la caridad, y nada hay que sea de provecho. Los dones más excelentes, las gracias más particulares, aquellas gracias de Dios que han hecho á los hombres admirables en este mundo, el don de profecía, el don de sabiduría, el de milagros, y todos los demás que son superiores á la naturaleza, se convierten en una sombra, en un espectro cuando falta la caridad. Por eso san Pablo (2) asegura que, aunque su sabiduría llegase á tal punto que hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviera caridad, sería como una campana, cuya voz es insignificante, todo ruido. Todas las virtudes que pueden adornar el alma del cristiano, toman su mérito y su grandeza de la caridad, de tal manera, que el abstigente, el mortí-

(1) Serm. 50 de Verb. Dom. — (2) Epist. 1, ad Cor. cap. 15.

ficado, el contemplativo, el limosnero, el mártir mismo recibe el verdadero carácter de tal de la virtud de la caridad, porque sin ella ni será verdadero abstinento, ni verdadero contemplativo, ni mortificado, ni mártir. De aquí se infiere que toda nuestra santidad y nuestra bienaventuranza nos provienen del amor, y que, á proporción que este crece en nosotros, se aumentan las razones de ser mas amados de nuestro Dios y mas venturosos en lo futuro.

Solos estos frutos bastarian para empeñarnos en amar á nuestro Dios, haciendo profesion de poseer ante todas cosas la virtud de la caridad. Pero si se consideran en toda su extension los admirables efectos que produce en el alma que llegó felizmente á estar penetrada de ella, crece la admiracion y se sorprende el humano entendimiento al ver sus efectos prodigiosos. Oimos la abstraccion y soledad con que vivian los anacoretas, el rigor y crueldad con que mortificaban sus cuerpos los santos penitentes: oimos la alteza de contemplacion, los éxtasis y raptos á que llegaron los hombres muy espirituales: vemos á algunos despreciar grandes estados, abandonar reinos enteros, negarse á todas las delicias, dejando en el lecho nupcial la tierna esposa por vivir pobres y desterrados; y últimamente, vemos á una delicada doncella mirar con semblante sereno los garfios y el cuchillo, y cantar himnos de alegría mientras despedazaban su cuerpo virginal; y al ver todo esto, nos sorprendemos justamente, admirando la fuerza invisible que puede dar á una flaca criatura poder para unas obras tan superiores á la naturaleza. Pero todos estos efectos son consecuencias necesarias de la caridad que enciende el corazón. Todo el secreto para hacer otro tanto, consiste en el amor; cuanto percibimos de difícil, de sublime y heróico en estas grandes obras, todo nace de la caridad. Ama á Dios, y desde luego puedes prometerte

que harás tú lo mismo que hicieron los anacoretas y los mártires. El que ama, dice san Agustin (1), no tiene trabajo; á los que no aman, cualquiera cosa les es difícil; solo el amor es el que se avergüenza aun del nombre de dificultad. Porque el verdadero amor, dice él mismo, jamás siente amargura en sus obras, sino dulzura y deleite. Por esta causa, aun en las mayores penalidades, se hallan los santos llenos de un regocijo inexplicable, que solamente pueden conocer los que han llegado á estar poseidos del amor divino. ¡Dichosa el alma que está encendida en este precioso fuego! Pon todo tu esmero en amar á Dios, y no dudes que este amor producirá en tí los mismos efectos.

#### JACULATORIAS.

*Non amemus creaturam, neglecto creatore; sed attendamus creaturam, et laudemus creatorem.* Aug. Serm. 261.

No amemos á las criaturas despreciando al Criador, sino antes bien, examinando las perfecciones de las criaturas, alabemos la infinita sabiduría y bondad que produjo tales obras.

*Da mihi te, Deus meus, redde te mihi, te enim amo; et si parum est, amem validius.* Aug. L. 13. Conf. c. 8.

Dáte á mí, Dios mio, entrégate á mí, porque ninguna cosa amo en este mundo sino á tí; y si el amor que te tengo es pequeño, haz que te ame con amor mas intenso.

#### PROPOSITOS.

A la mas mínima consideracion se convencen los hombres de que deben amar á Dios, y forman propósitos de no emplear su amor sino en aquel Ser supremo,

(1) Lib. 15. Confes.

que es por sí mismo tan acreedor á los afectos y conatos de nuestras almas. El considerar en él tantas razones de bondad y tanto cúmulo de perfeccion, determina sus entendimientos á una obra á que no se pueden resistir. Pero despues de esto, se engañan fácilmente, creyendo que el amor de Dios es una cosa especulativa, que puede estar en el alma, juntando al mismo tiempo otra cosa diferente en las obras. Si esto fuera así, no seria tan corto el número de los verdaderos cristianos, ni mereceria tantos elogios aquella caridad que hizo héroes á los santos. Así como en el trato civil no se tiene por amistad verdadera la que no se manifiesta en las obras, del mismo modo no es verdadero amor de Dios el que no se manifiesta en los efectos. Dios por sí mismo no necesita de nuestro amor, ni podemos hacer cosa alguna de que le resulte daño ó provecho. Pero tiene en este mundo unos sustitutos suyos, en cuyo beneficio quiere que se explique el amor que á él le tenemos. Por eso dice Jesucristo en el Evangelio: *Todo aquello que hiciéreis con cualquiera de estos mis pequeñuelos, es un beneficio hecho á mi mismo.* Dios no necesita de nuestros dones; es infinitamente rico: pero para eso tiene á sus pobres en el mundo, en los cuales se debe ejercitar el amor que le tenemos. Dios jamás está ni puede estar enfermo; pero amó de tal manera á los hombres, que lo que se hace por ellos lo toma en cuenta, para premiar ó castigar como si hubiera sido ejecutado con él mismo. Esto se ve claramente en las reconvenções que hará á los condenados en el día del juicio universal, y en los motivos por los cuales dice el mismo Dios que dará la bienaventuranza á los justos: *Tuve hambre y sed, dirá á los primeros, y no me disteis de comer ni de beber; estuve enfermo, y no me visitásteis: id, por tanto, malditos, al fuego eterno.* Y á los santos les dirá: *Venid, benditos de mi Padre,*

*á gozar del reino que os está preparado desde la constitucion del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve enfermo, y me visitásteis, etc.* Todo esto convence que el amor de Dios se explica y manifiesta en las buenas obras que se practican con sus criaturas, y que el mejor indicio de que está penetrada tu alma de este divino amor, es la práctica de aquellas obras que testifican el del prójimo; porque el que no ama al prójimo que tiene presente, ¿cómo podrá amar á Dios, á quien ningun ojo mortal pudo ver jamás? Procura, pues, dar á entender que tienes en tu pecho el amor divino, manifestándolo con los beneficios que hagas á tu prójimo.

---

## DIA VEINTE Y UNO.

### SAN VÍCTOR, MÁRTIR.

San Victor, mártir ilustrísimo de la santa Iglesia, nació en Marsella, de familia muy distinguida entre las mas nobles de aquella ciudad, tanto por los considerables empleos con que los emperadores romanos habian honrado á sus antepasados, como por los muchos bienes de fortuna que poseia. Es muy probable que sus padres fueron cristianos, y que se dedicaron con los mayores desvelos á darle una educacion digna de su religion y de su ilustre nacimiento. Siguiendo la costumbre de las personas de su calidad, abrazó la profesion de las armas, y sirvió á los emperadores con honor y con distincion, dando en muchas ocasiones tan señaladas pruebas de singular valor, que se cree haberle merecido el nombre de Victor sus mismas hazañas.